

se encuentre distorsionada, tergiversada, manipulada, suplantada o silenciada, que de todo hubo en la vida del Generalísimo y sus delegados-censores a nivel de radio.

Esos fueron otros tiempos —esperemos que sí— y lo cierto es que la radio española había comenzado a cambiar, lenta, muy lenta y paulatinamente, con la descomposición y últimos coletazos del régimen monolítico. Espacios como "Hora 25" o "Matinal Cadena SER", ambos por la red de emisoras de este nombre, e incluso informativos elaborados en la propia Casa de la Radio, como "Última edición", han puesto la primera piedra, y los buenos profesionales que los han elaborado demostraron que se puede realizar un espacio de este calibre, con dignidad, altura y objetividad. Y es que no ha sido un problema de profesionales capacitados o demócratas: durante tanto tiempo ha sido problema de que a ellos y al pueblo se les quería amordazar. Ahora, la mordaza se ha roto. ■ ALVARO FEITO.

CINE

"Nunca es tarde"

De nuevo una película de Jaime de Armiñán (esta vez en colaboración con Eguillor, el humorista de las viejecitas y las mesas camilla) en la que el autor de "Mi querida señorita" o "El amor del capitán Brando" se plantea el problema de la soledad del individuo y sus formas de superarla. Como de costumbre también en Armiñán, esa soledad viene motivada por una serie de razones sociales que obligan a un comportamiento aislante. La solterona de "Mi querida señorita" tenía que ejercer, en función de su doble condición de mujer y soltera, una serie de actividades que la apartaban de la auténtica vida que la rodeaba (lo que se descubriría al tener que ejercer su nueva vida "de hombre"); el chico de "El amor del capitán Brando", junto con su maestra, tenían que aislarse en sí mismos dado que el entorno que vivían no les permitía el normal desarrollo de sus sentimientos (entorno a su vez compuesto por otros personajes solitarios que habían descubierto, como posi-

bilidad de supervivencia, impedir que los demás fueran medianamente más felices que ellos).

Ahora, en "Nunca es tarde", Armiñán ofrece un nuevo personaje femenino (la anciana soltera odiada por su familia que espera sólo heredarla) que dedica sus ocios a contemplar la vida matrimonial de unos vecinos mal avenidos. La vieja, en su lenta despedida del mundo, comienza a inventarse una delirante historia de amor con el marido de ese matrimonio, hasta llegar a la convicción de haber quedado embarazada de él. Una mujer como ella, y como ella misma dice, no educada en la libertad, poco puede hacer para sobrevivirse si no es inventándose la realidad que nunca conoció.

Armiñán, al margen de narrar con minuciosidad de detalles los aspectos cotidianos y fantasiosos de la anciana, ha creado en "Nunca es tarde" una especie de "suspense" tierno en torno a la autenticidad del embarazo: una especie de "semilla de Dios", como define Pilar Miró. Quizá en ese aspecto (probablemente necesario de cara a ofrecer estímulos a los espectadores) es donde "Nunca es tarde" se pierde un poco. O lo que es lo mismo, es sólo esa idea la que mantiene la película. "Nunca es tarde", más que una historia, es una idea que no ha encontrado un vehículo para desarrollarse imaginativamente. Una vez que se plantean los términos del embarazo de la anciana, la película no progresa excesivamente de cara a descu-

brir aspectos nuevos y más profundos de la anécdota.

De cualquier forma, estamos ante una película de enorme honradez y de cierta sensibilidad, capaz de divertir y emocionar a un público probablemente ya cansado de engaños y erotismos represores. "Nunca es tarde" es una película contra corriente. Aunque sólo fuera eso, ya sería defendible. ■ DIEGO GALAN.

Dogmáticos y herejes

Situada entre "Belle de jour" (1967) y "Tristana" (1970) dentro de la filmografía de Luis Buñuel, "La Vía Láctea" ("La Voie Lactée", 1969) constituye una de las obras fundamentales del cineasta aragonés. Ocho años han hecho falta para que un film de tan decisiva importancia atravesase las barreras de la censura gubernamental, después de haber sido exhibido en la XIV Semana de Cine de Valladolid, donde —tras causar el "escándalo" de los biempensantes oficiales— recibiría el premio de la crítica especializada, yendo a parar a la Comisión seis de los miembros de este Jurado por "atreverse" a anunciar el galardón públicamente... Hecho que conviene recordar, ahora que parece que Buñuel siempre ha sido reconocido y ensalzado en nuestro país, ahora que todo el mundo se deshace en elogios a su maestría y genialidad. Menos mal que "La Vía Láctea" es película

que resiste sin ningún daño la prueba del tiempo, y que hoy se muestra tan viva, fresca y enriquecedora como en el día de su realización. Una vez más, el arte ha acabado por vencer a la represión.

Dice J. Francisco Aranda que "La Vía Láctea" es "el primer film de toda la historia del cine cuyo contenido es únicamente la religión". Efectivamente, la película se centra en exclusiva sobre el tema religioso y, de manera más concreta, sobre las principales herejías que se han enfrentado con los seis dogmas o misterios esenciales de la religión católica: la doble naturaleza de Cristo, la Santísima Trinidad, la transustanciación dentro de la Eucaristía, el libre arbitrio y la gracia, el origen del mal en el mundo, y lo relativo a la Virgen María. Sin tener fe en ellos, miles de hombres y mujeres se han levantado a lo largo de la Historia con teorías dispares por cuya defensa llegaban a dar sus vidas. Como recuerda el co-guionista del film, Jean-Claude Carrière, "millones de personas han muerto por sostener, por ejemplo, que Cristo comía o que no comía"... En este sentido, la película es rigurosamente fiel a textos auténticos, tanto en lo que se refiere a los mantenedores de cada uno de los dogmas como a sus contrincantes.

Pero lo verdaderamente asombroso de "La Vía Láctea" no es su carácter de síntesis dogmática y herética, ni tampoco su posible valor didáctico o enciclopédico, sino la forma creativa en que todo ese material de base es tratado por Buñuel. Apoyándose en una estructura narrativa inspirada en la de las novelas picarescas, buscando como hilo de enlace el trayecto que dos peregrinos recorren desde París hasta Santiago de Compostela, el autor de Calanda va ofreciendo una serie de escenas donde tales dogmas y herejías —y otras situaciones, como las bodas de Caná o un milagro de Cristo o una aparición de la Virgen María— quedan ejemplificados. Pero ello con una libertad absoluta, transgrediendo continuamente las coordenadas de espacio y tiempo, sin que le haga falta justificar nunca por qué las cosas se producen en un determinado momento o de una determinada manera. En Buñuel, lo inverosímil se vuelve perfectamente creíble, aceptable con toda naturalidad para el espectador, que se siente sumergido en la facilidad (esa "facilidad" para lo más arduo y



complejo tan definitoria del maestro aragonés) con que todo le es mostrado. Unido, además, a un particular sentido del humor y la ironía que discurre a lo largo del film, que se basa en lo insólito de las situaciones para mejor definirlos, en el absurdo de los comportamientos para demostrar con más fuerza la irracionalidad de sus motivaciones. Y así, mediante el poder de una imaginación que no se detiene ante barreras convencionales, que da el mismo peso a "lo real" y a "lo ficticio", a "lo consciente" y a "lo inconsciente", que se complace en su carácter creativo e incansablemente renovador, "La Vía Láctea" logra transformar en verdadero gozo cinematográfico algo tan en principio anticinematográfico como la historia de la religión.

"El mirón"

Haber visto "El fin de la inocencia" era un dato más que respetable para huir de las películas firmadas por J. A. Larraz. Sin embargo, está claro que hubiera sido esa una medida deformadora. Se estrena ahora "El mirón" y hay que convenir, independientemente de la coherencia de la carrera de su autor, que estamos ante una película digna, cuando no sugestiva y de aciertos. Quizá película desigual que no acaba de completar las sugerencias formuladas (no en orden a un desenlace anecdótico, sino en cuanto a una formulación dramática), pero decidida a plantear sólo el "caso" preciso que retrata sin añadirle cosechas literarias o deformadoras.



"La Vía Láctea" ("La Vía Láctea", 1969), de Luis Buñuel.

Una vez comprobado este "milagro" —no precisamente sacro—, accedemos al nivel de reflexión que plantea "La Vía Láctea". Un nivel de reflexión que se distingue por su ataque contra la intolerancia y el fanatismo, que demuestra "ad absurdum" hasta qué punto el hombre puede destruirse en querrelas inútiles y bizantinas. A través de una continua confrontación entre las teorías dogmáticas o heréticas y la realidad de esos dos peregrinos mendicantes que no tienen donde caerse muertos, Buñuel manifiesta su auténtica postura ante la práctica católica, cuya gratuidad e inutilidad ya aparecían dibujadas en "Nazarín", "Viridiana" o "Simón del desierto". Con la ayuda de unos excelentes profesionales (entre los que destacan Jean-Claude Carrière, el operador Christian Matras y los dos protagonistas), Buñuel hace de "La Vía Láctea" —en resumen— una de sus obras maestras. ■ FERNANDO LARA.

"El mirón" es la historia de un marido neurótico, de sus obsesiones, sus represiones, sus agresividades y su soledad. Larraz se limita a exponer esas circunstancias, sin añadirle cosecha que conduzca la historia hacia derroteros más eficaces comercialmente falsos. De hecho, un personaje como el que interpreta (espléndidamente) Héctor Alterio no acabará nunca por realizar las ensoñaciones de las que presume: nunca comprará una pistola para matar a su mujer, nunca verá realizado su sueño del "ménage a trois", nunca aclarará sus dudas sobre los celos. Será un personaje que acabará la película como la empezó: el intermedio es justamente lo que Larraz expone.

De cualquier forma, "El mirón", independientemente de sus aciertos narrativos, ofrece una serie de aciertos "técnicos" muy poco habituales en el cine español "de género". La calidad (o la inteligencia) de los colaboradores de una película

sólo suelen apreciarse, sorprendentemente, cuando se trata de una película de mayor autoría y ambición que lo es ésta. Sin embargo, desde la música al montaje, pasando por la fotografía, los decorados y la sorprendentemente excelente actriz Alexandra Bastedo, realizan un trabajo profesional respetable e interesante, con independencia de que, en definitiva, "El mirón" sea algo más que una película de serie o de las llamadas "menores".

Son estos fundamentalmente los valores de la película. Cuando se tiene que padecer el conjunto del cine español y encontrarse con películas realizadas como churros sin el menor respeto por el dinero que el espectador paga religiosamente en taquilla, un producto como "El mirón" tiene naturalmente que destacar. Aunque Larraz hubiera dirigido previamente "El fin de la inocencia", película que, espero, pueda olvidarse con rapidez, si los posteriores títulos de su director son, al menos, como "El mirón". ■ D. G.

TEATRO

Semana Cultural de Ibiza

Ibiza, patria "hippy" de los sesenta, espejismo pequeño burgués de la libertad y de la droga, hoy, esencialmente, el lugar donde pasan sus vacaciones —disciplinadamente— miles y miles de alemanes, decidió dedicar su IV Semana Cultural al tema del teatro. Antonio Gala, Francisco Nieva y Enrique Llovet pronunciaron sendas conferencias; hubo un coloquio, al que se sumaron otros conocidos nombres de la escena española, una exposición de bocetos, varias representaciones —de una obra de Gala por un grupo ibicenco; de una obra del argentino Gorostiza por dos actores "recalados" en la isla; sesiones de "happening" en un sugestivo espacio; más el estreno de "La Saturna", de Domingo Miras, por la Compañía del Corral de Almagro— y proyecciones cinematográficas.

La iniciativa —afrentada animosamente por un grupo de cordiales ibicencos— suscita antes una interrogación sobre la

condición social de la isla, sobre su realidad cultural, que un balance pormenorizado de la Semana. Separadamente, en todo caso, va mi juicio sobre el estreno de "La Saturna" y sobre la más polémica de las conferencias.

¿Qué sentido puede tener una Semana Teatral en Ibiza? ¿Constituirá, simplemente, una parte más del reclamo turístico de la isla, una ocasión para que unas cuantas personas llegadas de la Península escribamos ahora sobre la extraordinaria belleza del lugar —sólo maltratada por la especulación y los grandes hoteles en zonas muy concretas— o tendrá un sentido más profundo?

Ibiza es, me parece, y contra todo pronóstico, una tierra problemática, salvo, claro, para quienes van allí a ponerse por algún tiempo "fuera del mundo" y tienen su vida en otra parte. Tampoco lo es, por supuesto, para quienes, llevando en su interior una necesidad de creación, han encontrado en cualquier casa de la isla el sosiego y la medida natural del tiempo que se han perdido en la realidad compulsiva de las grandes ciudades. Ni para esos alemanes que apenas salen de las piscinas de los hoteles. Ni, tal vez, para esas docenas de apátridas que tienen como oficio el constituir un espectáculo indisolublemente ligado a las necesidades turísticas de la isla...

Pero en Ibiza hay también otras personas cuya humanidad no puede estar sincronizada con los gráficos de la hostelería. Gentes encuadradas en la Historia de España; que padecieron dolorosamente la guerra civil; que han sido víctimas y beneficiarios de la "mentalización hostelera" a que fue sometido nuestro país durante un largo período; que votaron el 15 de junio; que están insertas en la afirmación de su propia identidad dentro del Estado español; a las que afecta, en fin, una realidad histórica que no puede definirse sólo por la economía turística y la personalidad de los extranjeros o peninsulares que viven en ella transitoriamente.

La insularidad de Ibiza ha impregnado a sus gentes de un determinado carácter. Paradójicamente, siendo el sentido de soledad y de aislamiento uno de sus trazos más claros, el justificado éxito de Ibiza y Formentera en la iconografía de la placidez y de la independencia las ha convertido en tierra frecuentada por gentes de todo el